



# VILLANÍA

Nadie nos ha excedido en sarcasmos a este desgraciado Parlamento que nació del nefando cabildeo plutocrático de Llodio, a este Parlamento del que, entre otras cosas, se excluyó a dos representantes del pueblo mediante informes de actas que dió el Tribunal Supremo y que se debieron — según dijo don Santiago Alba en el Congreso — a influencias ilegítimas; nadie nos ha excedido en manifestar el desprecio que nos merecía la mayoría, la inmensa mayoría de estas Cortes; pero bien claro se está viendo cuáles son los móviles que en su campaña contra el Parlamento actual les mueve a los encubridores de las vergüenzas y las torpezas del Reino. Malo y todo, el Parlamento, muy malo, ha contribuido a que la verdad se difunda, a que las sombras de la clandestinidad no aparezcan del todo los manejos del imperialismo ínfimo y caricaturesco que padecemos. Gracias en parte al Parlamento, y en más a la prensa, se sabe ya todo. El Parlamento, además, protege la libertad de la prensa. Porque es necio pretender que se calle en ésta lo que en aquí se dice.

Todos teníamos en España una noticia histórica verídica de los orígenes del desastre de Annual y de cuál fué el motor que empujó al desgraciado general F. Silvestre a pretender pisar las costas de Alhucemas el día de Santiago Matamoros y poder poner desde allí un telegrama gallardo y hasta jacarandoso. Era público en privado, es decir, declábase de uno en otro; era un secreto a voces lo que entonces pasó.

«Y tú lo crees? — dicen que oyó de ciertos labios don Santiago Alba, cuando expuso la versión que corría por el pueblo, lo que se decía y se creía por todos. — «No tengo elementos de juicio» — parece ser que contestó el político. — Y otra vez: — «Pero tú lo crees?» — Y al repetir Alba su respuesta, oyó algo así como el que creyera tal cosa sería un villano. Y en tanto todos los villanos, que somos la inmensa mayoría de los españoles, pues hay que incluir entre ellos, entre los de la villa, a los aldeanos, a los de las aldeas y a los de las ciudades, a los ciudadanos, todos los villanos, todos los plebeyos creíamos esa versión.

Y he aquí que en el Parlamento, en el Senado, tres señores generales, villanos también — ninguno de ellos tiene, que sepamos, título, — nos descubren como

ya en 1913 se intentó llevar a cabo una de esas empresas de que los villanos les creemos capaces a los que no lo son.

¡Ah!, ¡si la silvestrada hubiera salido bien! Si hubiera salido bien, ¡cómo nos habrían puesto los oídos hablándonos de las felices iniciativas de los que viven y obran por encima de las villas y de sus villanías! Pero salió mal y había quién echarle la culpa. Y este truco lo conocía Maquiavelo. Sólo que es lo más burdo del maquiavelismo. Si sale bien, la gloria es para el sugeridor, y si sale mal, el vituperio es para el sugerido.

Claro está que en buena lógica civil, en buena política las iniciativas deben ir acompañadas de responsabilidad y que ningún irresponsable debe tener iniciativas en el campo de su irresponsabilidad. Y si se toma la iniciativa debe asumir la responsabilidad. Porque otra cosa es absolutismo.

«¡Hay que cerrar el Parlamento!» — claman los absolutistas, los que ven tambalearse a la clave de bóveda de la bóveda en que se albergan y donde guardan el botín de sus privilegios. — Y piden que se cierre el Parlamento para que no se depuren las responsabilidades, para que no se llegue al límite legal de ellas, para que no se enteren todas las madres españolas qué caprichos imperialistas son los que llevaron a una muerte estéril a tantos hijos de España.

Ahora hay otro aspecto, y es que el general Luque, ministro de la Guerra en abril de 1913, se debió de haber enterado — se debió de haber enterado a la vez — de lo que pasó, y procedido en consonancia. ¿Qué? ¿Con una villanía?

Suponemos que lo que se opone a la villanía es la cortesanía, que ésta consiste en comulgar con ruedas de molino y en tapar las vergüenzas públicas.

«Y tú lo crees?» ¿Lo creemos? ¡Vaya si lo creamos! Creemos lo peor; una triste experiencia nos ha enseñado a creer en estos respectos lo peor. Creemos lo peor, y lo creemos porque el régimen de clandestinidad, y de mendicidad, y de embustería a que se nos sujeta, nos hace desconfiar de toda explicación justificativa. El ministro de Estado, en buen cortesano, pedía pruebas a los generales, documentos, y ellos no estuvieron remisos en responder. ¡Pues qué! ¿Iban a haber tapado también eso? Los generales procedieron como villanos, como hombres de villa, de calle, de campo, libres, noblemente. Y no como cortesanos, cuyo oficio parece ser mentir y hacer como que creen mentiras.

Miguel de UNAMUNO.